



14 de marzo de 1880 ¹

La obediencia

Mis queridas hijas:

Estamos entrando en el tiempo de la Pasión, y la Iglesia nos propone constantemente como rasgo distintivo del sacrificio de nuestro Señor Jesucristo su obediencia: *Se hizo obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz* ².

Desde hace algún tiempo deseaba insistir con vosotras en este punto, señalando que una de las grandes miserias de los tiempos en que vivimos es que no entramos en religión con las mismas ideas de obediencia que teníamos antaño, cuando, incluso en la familia, estábamos acostumbradas a respetar la autoridad y a prestar obediencia con espíritu de fe. Cuando la obediencia se había convertido en parte de los hábitos de vida desde la edad de cuatro o cinco años, la mayor obediencia religiosa, más elevada, más sobrenatural, se añadía de un modo natural a este espíritu cristiano de obediencia, extraído de la familia.

Hoy sucede lo contrario. Lo vemos claramente con las niñas que tenemos que educar. Sus padres no tienen ni idea de la obediencia que deben pedirles, y ellas no tienen ni idea de la obediencia que deben devolverles. Es uno de los aspectos más difíciles de su educación darles alguna idea sobrenatural a este respecto. Se consigue que cedan, pero no se consigue que comprendan que la obediencia es la gran ley de la vida, y que cada uno debe obedecer según su condición.

Si pasamos de las niñas a las personas que entran en religión, vemos que en general no traen consigo la noción de obediencia, porque no estaban acostumbradas a obedecer de niñas. En consecuencia, las antiguas profesas tenemos el deber de darles ejemplo. Deben ver en las que llevan más tiempo en religión un espíritu de obediencia tan grande, que puedan concluir inmediatamente que es el espíritu propio del estado en el que entran, y que lo primero que tienen que hacer es hacerse sumisas, respetuosas, deferentes, obedientes, según el espíritu de la Iglesia y el espíritu de las reglas. Como veis, hermanas mías, no se trata de obedecer a tal Madre o a tal otra. No, se trata de obedecer por amor a nuestro Señor Jesucristo según el espíritu de la Iglesia y de las reglas.

Así que las que entran deben ver en nosotras obediencia, y no sólo la obediencia general necesaria para la práctica del voto, sino también la práctica de la virtud que pertenece al voto. Debemos darles ejemplo del espíritu de fe en una obediencia pronta, generosa y respetuosa, no por razón de las personas, sino siempre con vistas a Dios y a los votos que hemos hecho. Este es el deber de nosotras, las mayores.

Para las que entran o han entrado recientemente, su deber es pensar hasta qué punto deben sacrificar los hábitos totalmente falsos de sus mentes a este respecto. Tienen sus propias ideas,

¹ Domingo de Pasión

² *Factus obædiens usque ad mortem, mortem autem crucis.* Fil 2,8

su propio espíritu, su propia voluntad, diría incluso sus propios caprichos. Una novicia quiere hacer esto y no quiere hacer aquello. Hoy está bien dispuesta, ha hecho bien su oración, su maestra le ha hablado, lo hará todo bien. Mañana, como se ha quedado en la puerta de su maestra sin poder hablar con ella, no hará nada más. Esto se parece al comportamiento de una niña de cinco o seis años: no es la noción del servicio de Jesucristo, de la voluntad de Dios, de la obediencia con espíritu sobrenatural, del cumplimiento de las reglas. Las Hermanas jóvenes saben muy bien hasta qué punto este espíritu las persigue.

A veces se dice: «¡Qué sujeción a la criatura es la obediencia!» Sí, si obedecemos porque la criatura que nos manda nos conviene, porque nos habla, nos considera, nos cuida. Es humillante hacerlo todo por una criatura. Si no hay nada de la criatura, si obedecemos sólo por nuestro Señor Jesucristo, siguiendo el orden de la voluntad de Dios, entonces es muy distinto.

Veréis, hermanas jóvenes, no tenéis que ser religiosas. No habéis hecho ningún voto. Estáis en el camino que debe llevaros a este compromiso solemne con Dios. Una vez que habéis entrado en este camino, es probable que estéis llamadas a él. Tu confesor y las personas de tu entorno creían que estabas llamada: por tanto, hay una gran probabilidad de que lo estés. Soy consciente de que hay excepciones. Es posible que a mitad del noviciado, después de un atento examen de tu vocación, te digan que no eres apta para la vida religiosa; pero cuidado de que sea culpa tuya. El que desprecia su camino está muerto. El que se desvía de su camino está muerto. Quien, por fantasía, capricho, mal genio o su propia mente, no haga lo que debe hacer en el estado de novicia, será castigada.

No lo digo yo, lo dice San Francisco de Sales. Lo dice de las hermanas profesas que ciertamente tienen la obligación de obediencia, puesto que han hecho el voto; pero ¿no hay obligación para las novicias? Sí, hay obligación de recorrer el camino que Dios les ha trazado, para no arriesgarse, al abandonarlo, a no encontrar en otro camino las gracias necesarias para su salvación. Y ésta, os lo repito, es la doctrina de San Francisco de Sales y de San Pablo.

Es, pues, deber estrechísimo de las novicias aplicarse durante el noviciado a formarse en las prácticas y hábitos de la obediencia. No habéis hecho voto de hacerlo; pero debéis practicar todo lo que se presenta para ser practicado durante el noviciado, a fin de permanecer en el camino que Dios os ha trazado.

Siempre dejo de lado el caso en que te digan que no estás llamada y que lo único que tienes que hacer es irte a plantar coles por el mundo. Si te dicen esto, debes hacerlo con tranquilidad y espíritu de obediencia. Si tienes dudas sobre tu vocación, acláralas con tu confesor y tus superiores. Puedes decir que no tienes ningún deseo de ir a plantar coles por el mundo, pero que no tienes intención de someterte a todas las prácticas que podrían santificarte. Esto es muy malo, y desgraciadamente ocurre con demasiada frecuencia.

Obedecemos por capricho, por humor, por fantasía, somos buenas ocho días y malas otros ocho: todo esto no por falta de vocación, sino por falta de fidelidad. No es que queramos volver al mundo, sino que queremos seguir siendo lo que hemos sido desde niñas, es decir, niñas mimadas, independientes, personas que se buscan por un lado o por otro.

Cada una de nosotras tiene un defecto dominante. Una es susceptible, la otra vanidosa. Para otra, es la necesidad de hacerse la interesante; para otra, la blandura, la cobardía, la pereza, y cincuenta cosas por el estilo. Para no contrariar de ningún modo a tu Isaac favorito, vas en contra de la obediencia siempre que la obediencia requiere algo que cuesta a esta inclinación privilegiada. De este modo no te formas en la virtud que es la esencia de la vida religiosa.

Si Dios te ha llamado a avanzar y tender hacia la perfección, te pide ante todo que sacrifiques este defecto dominante. Si hay algo humillante para nosotras es ver que llegamos a los treinta, cuarenta, cincuenta años con uno, dos, tres defectos dominantes.

La moraleja de La Fontaine es muy cierta. Tenemos un bolsillo trasero para nuestros defectos y un bolsillo delantero para los defectos de los demás. Los que pasan detrás de nosotros ven nuestros defectos y pueden decirnos: «Eres blanda, caprichosa, sensible y egocéntrica». Cerramos los ojos. Normalmente, sin embargo, en un retiro vemos nuestras faltas, y no hay

resolución más eficaz que la de combatir la propia falta dominante, la de intentar deshacerse de ella, la de aprovechar las observaciones, las reglas, los sacrificios y los trabajos para hacerlo.

Si no tuviéramos ningún defecto dominante, si fuéramos como Dios nos creó, iríamos directamente hacia él. La obediencia nos sería natural. Alcanzaríamos sin esfuerzo ese grado de humildad marcado por San Ignacio, que es preferir la voluntad de Dios a la nuestra, porque nuestra inteligencia, que sería recta, comprendería que la voluntad de Dios es sabia y la nuestra no.

Si nuestro corazón y nuestra mente fueran rectos, si no estuviéramos perjudicadas por el amor propio, perjudicadas por la susceptibilidad, perjudicadas por el deseo de aparentar, simplemente haríamos la voluntad de Dios. Nuestra inteligencia la comprendería, nuestra voluntad la abrazaría, nuestra alma se sentiría atraída por ella. Haríamos la voluntad de Dios como la hacen los ángeles en el cielo, con alegría, con ilusión, con amor. Hacer la voluntad de Dios es obedecer. En todo estado, obedecer es hacer la voluntad de Dios. Una mujer casada, obedeciendo a su marido en lo justo, hace la voluntad de Dios; los hijos, obedeciendo a sus padres en lo justo, hacen la voluntad de Dios. La obediencia, en una palabra, es la ley de toda vida cristiana, de toda vida humana.

Después de todas estas divagaciones, os exhorto, hermanas mías, a pedir a Nuestro Señor Jesucristo fuerza para una obediencia pronta, un espíritu de obediencia sencilla, recta, que no examina nada y que nos hace decir a Dios: «Dios mío, prefiero morir a no obedecerte; haz que te obedezca en todo. ¡Hágase tu voluntad, no la mía"! ¿No es ése, hermanas mías, el grito de toda alma ferviente, llena de fe y de amor? ¿No es eso lo que debería estar constantemente en nuestros labios? Siempre que sintamos que hay en nosotras dos voluntades, la de Dios y la nuestra, la nuestra no debe contar para nada. Debemos anularla en cuanto se convierta en un obstáculo entre Dios y nosotros.

Digo esto especialmente para las hermanas jóvenes. Les ruego que pidan a Nuestro Señor Jesucristo un ferviente espíritu de obediencia durante esta quincena santa. Nuestro Señor nos da el ejemplo de la obediencia más dura. Bossuet comentaba que podía no entregarse como lo hacía: cuando le pedían los hombros para azotarle, los entregaba libremente. Cuando le pidieron la mano para sostener un cetro irrisorio, la ofreció. Todo porque quiso. Lo hizo tanto por amor como por obediencia. Cada uno de sus actos es un acto de obediencia, pero con la plena libertad de no hacerlo, si hubiera querido. Donde hubiera querido detener a sus verdugos, habría podido hacerlo, como demostró en el Huerto de los Olivos, cuando, con esta sola palabra: *Soy yo*³, derribó al suelo a los que habían venido a prenderle. Se dejó prender, se dejó crucificar, porque quiso.

Al meditar la Pasión en estos días, prestad especial atención a estos ejemplos de obediencia absoluta, generosa, dolorosa, sin un minuto de retraso, que nos da el Señor. Quiere que comprendamos que, habiéndose dejado atar y desatar por la obediencia, lo que pide a la religiosa es que también ella se ate a la cruz por la obediencia, que lleve la cruz en el corazón y en el pecho, y que consienta en todo lo que es obediencia para seguirle y amarle.

³ Jn 18.5